

Cultura Letrada en Chile y América Latina del Siglo XIX: Problemas y tendencias actuales

Editores

Marina Alvarado /Eduardo Aguayo /Claudio Véliz



EDICIONES
UCSC

Índice

Agradecimientos	5
Prólogo <i>Marcelo Sanhueza</i>	7
AUTORÍAS Y LECTORÍAS EMERGENTES	21
FORMACIÓN DE UNA SOCIEDAD LECTORA EN EL SIGLO XIX: EL DIAGNÓSTICO DE LOS HERMANOS AMUNÁTEGUI EN 1856 <i>Juan Poblete</i>	23
RAMÓN PACHECO (1845-1888) Y LAS NOVELAS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO. TRAYECTORIA, CAMPO Y CIRCULACIÓN DE UN HIJO DEL PUEBLO <i>Eduardo Aguayo, Claudio Véliz</i>	39
CUERPOS MODERNISTAS. ANSIEDADES EN EL FIN DE SIGLO CHILENO (1895-1905) <i>Alejandra Bottinelli</i>	57
LA PRENSA COMO ARTEFACTO LITERARIO	95
ENTRE CORRESPONDENCIAS FINGIDAS Y APETENCIAS LECTORAS. LA PRENSA PERIÓDICA COMO ARTEFACTO DE MEDIACIÓN EN LOS INICIOS DEL SIGLO XIX <i>Hernán Pas</i>	97
LA NOVELA-FOLLETÍN EN CHILE DURANTE EL SIGLO XIX: RECEPCIONES Y USOS <i>Eduardo Barraza</i>	115
LA CRÓNICA ROJA COMO ANTECEDENTE PARA LA CONFORMACIÓN DEL CAMPO LITERARIO CHILENO (1884-1891) <i>Marina Alvarado</i>	129

CUERPOS MODERNISTAS. ANSIEDADES EN EL FIN DE SIGLO CHILENO (1895-1905)

Alejandra Bottinelli Wolleter
Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Santiago, Chile

I. Ansiedades modernistas

“*Hic sunt leones*” es el epígrafe que abre *Las montañas del Oro* (1897), primer libro de poemas de Leopoldo Lugones. Con advertencia similar, “*Hic sunt dracones*”, los antiguos cartógrafos marcaban en sus mapas la *terra ignota*: territorios salvajes y peligrosos (África, el sur de América, por antonomasia), en derredor de los cuales los imaginativos dibujantes ubicaban todo tipo de seres mitológicos: dragones de forma semihumana, culebras monumentales con cabeza de pez, injertos de partes animales y rostros humanos (rostros humanos en cualquier lugar), colas, cuernos, alas y crestas agregadas anodinamente a esos cuerpos insólitos.

Así enmarcado, el poemario de Lugones despliega sus primeros bosquejos de autor *fin de siècle*, poemas en que el hablante sufre el abandono de mujeres poseídas por la consunción o se deleita en el coqueteo erótico con la muerte, y en los que no se conforma con el escarceo amoroso, porque prefiere su extremo: probar lo que hay de inefable en su amor y su límite en el dolor, el límite que es él mismo. ¡Ah, la voluntad de poetizar!, cómo desplegarla si no es en la dolorosa consciencia de ese límite en que el poeta mismo se autoconcibe —encarnación viva de lo inefable, para sí mismo—, en primer lugar, en esta modernidad incierta y borrosa. Él aquí lo sabe, y sabiéndolo, sabiéndose bajo la duda, ostenta sin embargo el atrevimiento de erigirse poeta desde ese arriesgado lugar, un lugar en que la lucha es con los dragones y los seres deformes de su imaginación, a la vez que con la sociedad que no logra comprender la heroicidad de su tarea.

Nos hallamos en el fin de siglo, que es también en América Latina la representación temporal de la gran transformación que impone a nuestras sociedades la instalación de la modernidad capitalista. Si el período inmediatamente previo se caracterizó por un amplio consenso interelitario, que se solazaba en respuestas fuertes para preguntas débiles, pues asumía que los grandes dilemas poseían sentencias evidentes *per se*: república, liberalismo, progreso, evolución, orden; la crisis que anuncia el nuevo siglo comenzó a dar vueltas las cosas: las preguntas tomaron nueva fuerza y los dictámenes irrefutables empezaron a evaporarse.

Seguimos a Gabriela Nouzeilles, cuando propone que las últimas décadas del siglo XIX ven surgir en Latinoamérica la reescritura desencantada de las ficciones fundacionales en la proposición, ahora, de uniones fallidas y cuerpos improductivos, debido a herencias malogradas por la raza o la enfermedad. Son estas ficciones somáticas o médico-policiales (2000, p. 15) que abonan a la crisis, cuestionando la solvencia de los discursos estatal-nacionales previos —que proponían la integración de clase a través, por ejemplo, de la alegoría del romance modélico nacional (como pensaba Doris Sommer)— para responder a las cada vez más sonoras preguntas proferidas por unas sociedades diversificadas y en creciente tensión social. Legitimadas por la hegemonía científicista, las nuevas ficciones corporales venían a reforzar la ilusión tecnorromántica¹ que fabulará,

¹ Tal como explica Rüdinger Safranski para el filósofo Paul Tillich (*Die Sozialistische Entscheidung, La decisión socialista*, 1933) —publicada el mismo año que sería destituido de la Universidad J. W. Goethe y se exiliara en Estados Unidos—, “[el Romanticismo puede ser definido como] una actitud del espíritu que, en lugar de entregarse a la aventura de la autodeterminación, intenta encontrar refugio en los ‘poderes originarios’ del suelo, del linaje y de la sociedad transmitida, con sus costumbres y estatutos. Pero, según Tillich, como estos poderes primigenios ya no existen en su forma originaria, el Romanticismo se compromete a ‘hacerlos rebrotar’” (Safranski, 2009, p. 319). Por ello usamos la idea de tecnorromanticismo al modo en que la propuso Karl Kraus, como “aventura tecnorromántica” (2010, p. 211). Recientemente el filósofo José Luis Molinuevo ha hecho un uso distinto, aunque siempre vinculado al “sublime tecnológico” (2009, p. 41).